

ros al señor de la villa que le rogasen que á él é á los otros pelegrinos que ahí eran, cristianos así como él, é iban en servicio de Jesucristo, que les mandase vender vianda é lo que menester hobiesen, de buen precio; é él respuso que en ninguna manera no consintiera que dentro entrasen, mas que si le quisiese dar rehenes para seguridad que no ficiesen mal ninguno de su compañía á los mercaderes ni á los otros hombres que á ellos saliesen, que les faria vender vianda é todo lo que menester hobiesen. Cuando don Pedro é sus gentes oyeron esto fueron muy ledos é diéronles rehenes; é luego los de la villa sacaron á los de la hueste todo aquello que hobieron menester. Mucho fué abastado el pueblo de los pelegrinos aquella noche de todo lo que quisieron comprar, é bien lo habian menester, como aquellos que habia bien diez días que no comieran ninguna cosa, sino muy poca provision que traian algunos dellos, é los otros las yerbas que fallaban por los montes. E porque hobieron allí abasto de todo lo que hobieron menester, comieron muy bien é durmieron, é fueron muy vivos.

CAPITULO XXXIV.

De la contienda que hobieron los pelegrinos con los de la villa de Nis.

Los pelegrinos que estaban folgados é descansados de la hambre é de la laceria que habian sufrido en aquellos días que por las montañas yermas anduvieron, tan lacerados como vos contamos, é siendo muy bien avenidos con los de la villa de Nis, do eran llegados, como ya oistes; el diablo, que nunca está en paz, é se trabaja cuanto puede en estorbar los fechos de Dios, con esta paz que los cristianos habian entre sí, pesábale dello mucho, é tanto anduvo revolviendo fasta que urdió una gran contienda entre ellos, segun que vos agora diremos. Otro día en la mañana, cuando los de la villa de Nis dieron á los pelegrinos sus rehenes que dellos tenían, é se iban los de la hueste ya su vía, una pieza de alemanes que habia en la hueste é iban en la zaga pusieron fuego á unos molinos que estaban cerca la villa; é esto hicieron porque la noche antes algunos dellos hobieron palabras con los de la villa; pero esto no supiera Pedro el Ermitaño ni los hombres buenos que eran en la hueste; é por ende aquellos alemanes tovieron aquella saña encubierta en sus corazones é quemaron aquellos molinos; é cuando los hobieron quemado no lo tovieron en nada, é fueron á un arrabal que estaba fuera de la villa; é pusieronle fuego é quemáronlo todo; é despues comenzáronse á ir en pos de los otros pelegrinos de la hueste, que desto no sabian ninguna cosa. Mas el señor de la villa de Nis, que tantos amores les habia fecho á los pelegrinos, como vió el mal galardón que le habian dado, por ende hobo muy gran pesar, que fué así como fuera de seso, é el despecho que ficiéran los alemanes á los otros suyos tomólo él todo en sí, é mandó luego que se armasen todos los de la villa, é que saliesen de pié é de caballo cuantos habia, é rogóles mucho que punasen en se vengar de aquellos traidores, que tan gran daño les ficiéran por el bien que les ellos habian fecho; é ellos ficiéron así como les él mandó, é salieron muy gran gente é corrieron en pos

de los de la hueste, é los primeros que fallaron fueron aquellos pocos de alemanes que iban en uno, que aun no eran llegados á la hueste, é matáronlos todos. E aun si con tanto quisieran ser pagados, fuera derecho; mas no les abastó esto, é fueron á una compañía que iba en la rezaga, que levaban carros é carretas é bestias cargadas, é hombres dolientes é viejos, é mujeres é niños, que no podian ir con los otros, é mataron dellos los que quisieron, é los otros leváronlos presos con todo cuanto traian; é tornáronse para la cibdad todos bien envueltos é ensangruntados de la sangre de los pelegrinos. Pedro el Ermitaño, que iba con la mayor compañía de la hueste, desto no sabia nada; é en esto llegó á él un hombre que venia sobre un caballo corriendo cuanto podía, é contóle el daño que rescibieran en la rezaga é en el fardaje; é él cuando lo oyó pesóle mucho, é envió á los de la delantera que se tornasen; é luego que fueron tornados hobo su acuerdo con ellos de cómo farian, é ellos acordaron que tornasen por el camino por do vinieran fasta la villa de Nis; é ficiéronlo así, é en tornándose fallaron muchas cosas con que les pesó, é fallaron sus compañeros muertos é despedazados, é robados de cuanto traian. Mucho fué grande el llanto que las gentes facian; ca los unos fallaban muertos sus padres, é los otros sus hermanos, é los otros sus hijos é sus mujeres é sus madres, é los otros sus hijas, é así de los otros parientes; de que habian muy gran pesar. Mas don Pedro el Ermitaño, que toda su intincion era en servir á Dios é en levar aquel su fecho adelante, é sacar discordia de entre aquella gente é meter paz é avenencia, envió sus mensajeros con sus cartas al señor de aquella villa de Nis, de cómo se maravillaba mucho porque aquella cosa mandaba hacer, é que queria saber por qué fuera; é él les respondió que esto acaeciera por culpa de los pelegrinos, é mostróles los daños é menoscabos que dellos rescibiera. Entonce don Pedro el Ermitaño é su compañía entendieron que esto no lo ficiéran de balde, é acordaron que seria buena la paz; lo uno, porque se no estorbaba el fecho de Dios en que iban; é lo otro, porque cobrasen dellos los presos é todo lo que les tenían. E ellos, que estaban por allanarlo, levantóse un murmurio entre la gente menuda de la hueste, diciendo que no querian paz con los de la villa, mas que querian vengar el daño que rescibieran sus compañeros, porque los habian muerto é robado. Cuando Pedro el Ermitaño oyó esto, luego entendió é conoció el mal que ende podría venir, é envióles sus mensajeros muy buenos é muy cuerdos á decir que lo no ficiesen en ninguna manera; mas ellos no lo quisieron dejar; así que, él mesmo hobo de ir allá, é fizo pregonar de su parte é de parte de los hombres honrados, que ninguno no se moviese para ir á hacer mal á los de la villa, ni ayudasen á aquellos que por su locura querian quebrantar las paces que con ellos habian puesto; é demás desto, envió á decir á aquellos que por qué lo querian hacer sobre el pelegrinaje en que iban é sobre la fe é la lealtad que prometieran; que estuviesen quedos. E los hombres honrados é cuerdos solos, que esto oyeron, ficiéronlo así; mas los mensajeros que él enviara á la villa para que concordasen con ellos los de allá, cuando vieron que el ruido se levantara en la hueste,

te, acordaron de se tornar para Pedro el Ermitaño, é dijéronle que facia mal, ca si por aventura con los de la villa hobiese contienda, todos los que tenían presos serian luego muertos; é por ende les parescia que era bien que pusiese paz, é que fuesen en su fecho que habian comenzado. Todo esto toviera Pedro el Ermitaño por bien si lo él pudiera hacer; mas bien mill pelegrinos ó mas de la hueste estaban ya armados para combatir á los de la villa é no lo dejaban por ninguno; ante querian matar á aquellos que les defendian que no lo ficiéren. Cuando los de la villa esto vieron, salieron muy gran gente contra ellos é comenzaron á lidiar muy fieramente. Mas Pedro el Ermitaño ni los otros que con él eran no ayudaban á aquellos que eran de su parte, antes estaban fuera de la hacienda viendo á qué venia aquel fecho. Los de la villa, que estaban en los muros é en las torres, cuando vieron los suyos maltratados, é los otros que peleaban con ellos eran muy pocos, é vieron que los de la hueste no los ayudaban, conocieron que contra su voluntad fueran á aquel fecho, é que no habrian dellos acorro. Entonce se armaron todos, é salieron muy gran gente de la villa á pelear con ellos, é fallaron bien quinientos en medio de la puente, é matáronlos todos, sino unos pocos, que pensando guarescer, saltaron en el agua é se ahogaron, ca el agua era muy fonda; é cuando los de la gran hueste vieron los suyos tan mal trechos no lo pudieron ya mas sufrir; ante fueron todos á la puente así armados como estaban por matar á los de la villa; mas la gente menuda de la hueste, que iban delante, vencióronlos luego los de la villa, é iban fuyendo contra sus compañeros los de la hueste mayor; é yendo ellos así, toparon tan de ricio en los otros, que todos se hobieron á mover é á tornar por fuerza fuyendo, é los de la villa trabajaron de alcanzarlos é matarlos, é prender dellos cuantos quisieron; é como se enojaron, tomaron á los de la hueste cuanto allá dejaran, carros é carretas é bestias cargadas é todo cuanto tenían, é levaron presos hombres é mujeres é viejos é enfermos é niños; así que, bien hobo allí de la compañía de Pedro el Ermitaño perdidos diez mil ó mas, é todo cuanto traian les robaron los de la villa; é un carro fué allí perdido, que traia Pedro el Ermitaño cargado de tesoro, que le dieran en Francia para acorrer á los menguados cuando menester les fuese. Los que pudieron escapar de aquel desbarato escondiéronse esa noche por esas montañas é por los valles fondos é por cuevas. Otro día en la mañana comenzáronse á llamar unos á otros, tañian cuernos é añafiles, con que se llamaban; así que, se fueron ayuntando en una cuesta muy alta que habia en aquella tierra. Al cuarto día fueron todos ayuntados, é halláronse treinta mill hombres de armas, maguer que habian rescebido muy gran daño.

CAPITULO XXXV.

Del acuerdo que hobieron entre sí los honrados hombres que iban en la hueste de Pedro el Ermitaño.

Muchos consejos tomaban entre sí los hijos pelegrinos que escaparon del desbarato que los de la villa de Nis les ficiéran, é los unos acordaban que tornasen para Nis é hiciesen paz con los de la villa, é cobrasen los presos é

lo que les tenían, é los otros decian que lo dejasen todo por amor de Dios; é al cabo en aquesto se concordaron, é desamparáronlo todo, é metiéronse así á ir por su camino, como lo habian comenzado, é esto con muy gran trabajo é muy gran pesar, como aquellos que no llevaban ninguna cosa de lo que menester habian; é dejaban los parientes é los amigos los unos muertos é los otros presos. En cuanto los pelegrinos iban por su camino así é tan fatigadamente como vos dijimos, llegaron mensajeros del emperador de Constantinopla é fablaron con Pedro el Ermitaño, é dijéronle que ayuntase los caballeros é hombres honrados de la hueste, é que les diria embajada de parte del Emperador; é él fizolo así, é despues que fueron ayuntados, los mensajeros le dijeron esta razon: «Señores, el Emperador vos dice que oyó decir que faciedes mucho mal en la tierra de su imperio por do venis; ca forzábades é robáades á los hombres de cuanto les falláades; é si se vos querian defender, que los matáades como si no fuesen de la vuestra ley, ó como si hobiédes guerra con ellos, quebrando villas é quemando iglesias é haciendo cuantos agravios é daños podiédes facer; é aun otra cosa le decian, que tiene por gran maravilla: que ni buen recibimiento, honra ni amor que os fagan, que no vale nada con vosotros, ni vos hallan mejor por ello; é por eso vos envia á decir que no quiere que en ningunas de sus villas entrédes; mas si quisierdes posar cerca dellas, que vos sacarán todas las cosas que menester hobiédes, é que vos las venderán fuera, de buen precio; é que en el lugar do mas tardáredes, que no sea mas de tres días. Esto face porque vos vayádes derechamente á Constantinopla; é porque sois peregrinos é ídes en servicio de Dios, envió á nos que vos guardásemos é fuésemos delante vos, é que vos ficiésemos sacar á la carrera todas las cosas que menester hobiédes, de buen precio.» Cuando Pedro el Ermitaño é los honrados hombres de la hueste oyeron el bien que les prometia el emperador de Constantinopla, fueron muy ledos, é comenzáronse á excusar de los fechos que ficiéran por el camino algunos hombres de la hueste, é que ellos no hobieran culpa, é todavía mostrando que el desconcierto é yerro salia de los de Volgria. Los mensajeros, despues que esto hobieron propuesto, comenzaron á ir delante, é toda la hueste en pos dellos, é guiáronlos muy bien é muy en paz, é faciéndoles dar todas las cosas que menester habian, de buen precio; á tanto que, andando sus jornadas derechas, llegaron á Constantinopla é fallaron ahí Gualter Sin-Saber, con toda su compañía, que los estaban esperando; é posaron todos en uno en aquellos lugares que el Emperador tovo por bien; é allí estando, habláronse é contáronse todas las afrentas por que pasaron; é desí hobieron su consejo de cómo farian: si irian mas adelante ó esperarían allí.

CAPITULO XXXVI.

Cómo el emperador de Constantinopla envió sus mensajeros á Pedro el Ermitaño é á los de la hueste, que los guiasen.

Pedro el Ermitaño é Gualter Sin-Saber é sus compañías, así en uno estando allí en la ciudad de Constantinopla, do eran ayuntados, habiendo su consejo de

cómo farían, envió el Emperador por Pedro el Ermitaño, é él fué luego allá, é entró á él en el alcázar que llaman Bocaleon, é vió en él muy grandes riquezas é otras muy maravillosas cosas, que serían muy luengo de contar. Mas él, como era hombre de gran corazón, no se espantó de ninguna cosa que viese, ni fizo muestra de gran maravilla; ante fué al Emperador, é fincó los hinojos ant'él é saludólo lo mas apuestamente que pudo. E el Emperador preguntóle por su facienda é de los hombres honrados de tierra de Occidente, por qué razón se movieran de sus lugares, ó qué era lo que querían hacer, é aquella gente que allí era venida ¿qué buscaban? E él contóle toda la razón por qué fuera, así como de sus oistes; é díjole que aquellos que allí venían, que no eran sino el pueblo menudo, mas los altos hombres é los honrados en pos dellos venían, é que traían muy gran gente á maravilla, é que serían mucho ahína allí. E el Emperador é los caballeros é hombres honrados que con él estaban en su palacio se maravillaron mucho de cuán pequeño hombre era Pedro el Ermitaño, é qué tan bien sabía hablar é tan ardidamente, é que á todo lo que le preguntaban tan bien sabía responder é dar razón, é preciaronlo mucho. El Emperador le dió de sus dones ricos é grandes, é recibióle en su gracia, é despues envióle para su hueste; é desde fué allá con Gualter é con los otros sus compañeros, hobieron su acuerdo que ficiesen todo lo que el Emperador toviese por bien; é así, estuvo la hueste de los pelegrios una pieza del tiempo en Constantinopla muy en paz é con grande placer é gozo, fasta que algunos dellos quisieron bajar con los griegos.

CAPITULO XXXVII.

Cómo Pedro el Ermitaño puso su pleito con el emperador de Constantinopla.

Entendiendo el Emperador que si la morada de los peregrinos mas luengamente allí fuese, que se non podría excusar de gran pelea con los griegos, segun lo iban cometiendo ya algunos é dando á entender al Emperador, por excusar esto mandó á Pedro el Ermitaño é á sus compañeros que pasasen el brazo de San Jorge con toda su hueste, é posasen de la otra parte del agua, en esa tierra que es llamada Bitinia, que es en el comienzo de la partida de Asia, é que estuviesen ahí, que allí les darian las cosas que menester hobiesen, tan bien como si estuviesen en Constantinopla; é ellos ficiéronlo así, é pasaron el brazo de San Jorge, é fueron posar á un lugar que llaman Cevicot, que es en la ribera de la mar. Aquel lugar do ellos posaban comarcaba con los turcos; así que, no había en medio sino un río pequeño. Allí estovieron dos meses, é hobieron todo lo que les fué menester, de buen precio; mas el pueblo menudo, que no pueden estar mucho en un lugar, comenzaron á ayuntarse á compañías para hacer cabalgadas, é concertaron entre sí que fuesen á robar por la tierra de los moros; así que, tal sazón hobo su mal acuerdo, que fueron diez mil ayuntados, ó mas, á pesar de los caudillos que eran en la hueste. E estos iban en cabalgadas, é traían muchos robos é grandes ganancias á la hueste; pero esto contra defendimiento

de Pedro el Ermitaño é de los otros principales de la hueste, é otrosí del emperador de Constantinopla, que les había dicho muchas veces que estuviesen por la tierra é no fuesen adelante por hacer mal á los moros, fasta que llegasen los hombres honrados que habían de venir.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo el Emperador mandó á Pedro el Ermitaño que pasase el brazo de San Jorge con toda su hueste.

Un día acaesció que Pedro el Ermitaño pasó el brazo de San Jorge, é fué á Constantinopla por hablar con el Emperador sobre que les vendían las cosas que habían menester, mas caras que solían; é en tanto el pueblo menudo de la hueste sintiéronse mas desembargados, é ayuntáronse bien siete mil hombres de pié é trecientos á caballo, é fueron todos á hacer paradas contra una ciudad que llaman Niquea; é ante que llegasen á la villa fallaron muchas aldeas, en que mataron muchos moros é cativaron muchas moras con sus hijos; é llevaron ganados cuantos ellos quisieron á su voluntad, é tornáronse á la hueste sanos é alegres é con muy gran ganancia á maravilla. Cuando una compañía de alemanes que había en la hueste vieron venir aquellos con tan gran ganancia, hobieron muy gran envidia, é fueron movidos para ir á ganar é hacer cosa por que fuesen honrados; así que, se escogieron é apartaron bien tres mill hombres á pié de aquel linaje, é fuéronse derechos á Niquea; é en el camino fallaron un castillo, que estaba á pié de una sierra cerca de Niquea á cuatro millas, é fueron á él é combatiéronlo muy de récio, é los de dentro se defendieron muy bien; mas en un cabo no valió nada, ca el castillo hobieron á entrar por fuerza los alemanes, é robáronlo de cuanto ahí fallaron, é mataron todos los hombres é las mujeres que había en él; é por que vieron el lugar muy apuesto é muy vicioso, é fallaron de dentro todas las cosas que menester habían, é sin esto, muy gran riqueza, no lo quisieron desamparar, é acordaron entre sí de guardarlo fasta que la gran hueste viniese; mas no lo hicieron así, como agora oirédes.

CAPITULO XXXIX.

Cómo Zuleman ganó el castillo que tomaron los alemanes, é los descabezaron todos, que no quedó ninguno.

En aquella tierra había un rey moro que era de linaje de los turcos, é llamábanle Zuleman; mas los franceses, porque no lo sabían declarar el nombre, llamábanle Soliman, é era señor de todo aquel reino. Este Zuleman oyera decir días había que gran gente de cristianos de parte de Occidente era movida para ir á la santa casa de Jerusalem, é que habían de pasar por medio de su tierra; é por ende fuera él á tierra de Oriente por buscar ayuda, é trajera muchos caballeros é otra muy gran gente, los unos por amor é los otros por dádivas, ca había gran gana de amparar su tierra é de hacer mal á los enemigos, si por ella pasasen, como aquel que era muy buen caballero de armas é muy guerrero. E cuando oyó decir que los peregrinos habían pasado el brazo de San Jorge, fué llegando contra la hueste, é todavía por las grandes montañas, por saber

qué querían hacer. E cuando supo que habían tomado los alemanes aquel castillo, fué para allá, é combatiólo muy de récio con gran gente que traía, é prendió é descabezó á todos los que ahí falló, que uno no dejó á vida. Las nuevas vinieron á la hueste cómo Zuleman había preso aquel castillo é muertos todos los que estaban dentro. Los otros peregrinos, cuando lo oyeron, hobieron muy gran pesar é hicieron muy gran llanto por toda la hueste; mas la gente menuda hobieron muy gran despecho é comenzaron á maltraer á los principales, diciendo que si ellos quisieran no fuera esto, é por mengua de su acorro hobiera seido; pero que aun los podrían vengar si quisiesen. E luego que esto hobieron dicho, moviéronse todos é armáronse para ir á vengar á sus parientes; é los hombres honrados de la hueste, que sabían mas de fecho de armas é de guerra, les dijieron que estuviesen en paz, ca esto bien se podría vengar; é demás, que el Emperador les enviara decir que estuviesen quedos é que no ficiesen ninguna cosa fasta que la gran hueste viniese; mas la gente menuda no lo quisieron dejar, ni les agradó lo que decían los hombres buenos honrados. E ayuntáronse todos é hicieron un caudillo, que llamaban Gudufre Burel, que era hombre que se entendía bien con ellos é los movía á toda locura; é por las palabras que lesaquel dijo, los movió en tal manera, que llamaban á los honrados hombres é á los grandes caballeros, falsos é desleales, é que facían mal en no los matar, ca ellos estorbaban que no se conquiriese la tierra de los moros; é demás, que lo no dejaban por seso ni cordura, mas por cobardía.

CAPITULO XL.

Cómo los de la hueste se movieron contra la ciudad de Niquea.

Muchas vegadas acaesce que el mal consejo vence al bueno; é por el consejo de Gudufre Burel, la gente menuda é el pueblo dijieron á los honrados hombres é á los caballeros tantas palabras, que hobieron á dejar el buen consejo que habían comenzado, por ir al malo con los otros, é lo que era seso por locura. E luego en ese punto armáronse todos, é fueron bien treinta mil á caballo muy bien armados, é á pié bien veinte y cinco mil; é enderezaron derechamente contra Niquea, que no era léjos dellos mas de legua y media; é como quier que su locura les empeció así como agora oirédes, mucho desayudó ventura; ca un día ante de esto llegara á Niquea un moro muy rico é muy poderoso, que enviara el soldan de Persia con su mandado á Zuleman, que había nombre Orbagan, é aquel llamaban los franceses, en su romance, Corbalan, é él traía bien treinta mil hombres á caballo, é venía por dos cosas: lo uno por el dinero é haber que Zuleman había dar al soldan de Persia cada año, é había bien tres años que no gelo enviara; é lo otro, por ayudarle, si menester fuese ayuda contra los cristianos; é entró de noche á furto en la ciudad de Niquea; así que, muy pocos lo supieron. Esto fizo él, lo uno, porque sabía que si Zuleman lo supiese en ante que él entrase, que se temería dél é que le no acogeria; é lo otro, si no le quisiese dar aquel tesoro por que venía, que le tomase la villa si pudiese, é que se alzase con ella é que le cortase la cabeza; é por eso

entró de noche é posó en el arrabal, ca las puertas de la villa eran cerradas; mas porque no cupo ahí toda su gente, mandó fincar sus tiendas todas defuera. Otro día en la mañana, cuando lo supo Zuleman, fuélo ver, é preguntóle cómo viniera allí de tan luenga tierra, é él díjole que el soldan de Persia lo enviaba allí, é que tenía muy gran queja dél porque no fuera á su corte el día señalado que le mandara; é por ende, que le mandaba que le enviase diez bestias cargadas de oro é treinta de plata é tres de piedras preciosas; si no, que le faría perder el cuerpo é cuanto hobiese; pero, por cuanto él era hombre honrado, que él trabajaría cómo por menos deste haber pasase. E sobre esto descendieron ambos á un prado, é comenzaron á hablar en cuál guisa esto se faría. Así se acordaron que por el pecho de un año diese una carga de oro é de piedras preciosas, é diez de plata é bálsamo, é otros dones muy grandes é muy ricos; é todo podía Corbalan pleitear muy bien, ca él era el mayor alguacil del soldan de Persia, é el hombre del mundo de que se él mas fiaba. E cuando ellos así estaban en su concierto, llegó un turco que venía fuyendo, é díjoles de cómo los cristianos venían sus haces paradas, robando villas é castillos é quemando cuanto fallaban por toda la tierra.

CAPITULO XLI.

Cómo Zuleman, el soldan de Niquea, é Corbalan desbarataron á los de la hueste de Pedro el Ermitaño.

Quando Zuleman é Corbalan, estos dos reyes de que vos decimos, esto oyeron, cabalgaron é hicieron armar toda su gente, é echaron dos celadas. Zuleman con toda su gente en la una, que eran bien cincuenta mil hombres, é Corbalan en la otra, que eran cuarenta mil, é era mas cerca de la villa; é dieron trecientos hombres á caballo, que saliesen contra ellos é que los ficiesen derramar; é esto facían ellos porque, si los derramasen, que los metiesen entre las dos celadas é les cogiesen en medio é los matasen. Cuando aquellos trecientos turcos se fueron llegando á la hueste de los cristianos, los caballeros é los otros hombres buenos de la hueste mandaron á la otra gente menuda que estuviesen quedos allí é que no se derramasen; mas ellos no lo quisieron hacer, ni creer lo que les decían, é así lo comenzaron en locura é así lo acabaron. En la parte de los cristianos había hombres honrados, que pusieron por caudillos de la hueste; de la una parte fué caudillo Arpin de Beorges, de la otra Richarte de Caumonte, de la otra Baldovin de Balvais, de la otra Arnao (1) de Balvais, su hermano, de la otra Juan Dalis, de la otra Folquer. Estas haces iban unas en pos de otras; mas la una costanera dieron á Gualter Sin-Saber, con su compañía; la otra dieron á Gudín (2), hijo de Burel, con su gente de pié. E desta manera iban los cristianos aparejados de lidiar, é luego que vieron á aquellos trecientos turcos, derramáronse á ellos, é ellos huyéronlos, é los cristianos fueron en pos dellos, é alcanzaron fasta unos treinta, que mataron, dellos, é los otros leváronlos derechamente á

(1) El texto dice *Arnol*.

(2) Así en el impreso; pero quizá haya de leerse *Gudufre Burel*, como en la columna anterior.

la celada de Corbalan. Cuando los cristianos vieron tan gran gente como venia sobre ellos, yuntáronse todos en uno é comenzaron su batalla con los turcos muy grande é muy fuerte, é fué muy ferida de ambas las partes; é allí do los cristianos estaban por vencer é los moros eran mal trechos, salió la celada de Zuleman, que era gran gente, é vinieron los ferir por las espaldas; de guisa que los cristianos no los pudieron sufrir, é fueron vencidos; así que, comenzaron á foir derechamente á una sierra que allí estaba cerca, que llamaban el Poyo de Cevicot, é acogióronse allí aquellos que lo pudieron facer, ca muchos dellos fueron muertos en la carrera é presos. Los turcos llegaron fasta el pié, é entendieron que no tenían agua ni cosa por que pudiesen allí mucho sofrirse; é pasaron ahí cerca, é hobieron su acuerdo que los combatiesen otro dia en la mañana, é que los matasen é prendiesen todos; é ficiéronlo así. E otro dia en la mañana, que era domingo, ayuntáronse todos los moros é tañeron trompas é atambores, é comenzaronlos á combatir de todas partes; mas ellos se defendieron muy bien; é cuando este combate fué ya decian misas los cristianos por la hueste; donde acaesció que los turcos entraron por las mas primeras tiendas que estaban en el llano é mataron é prendieron muchos cristianos, é fallaron un clérigo que decia misa é tenía una hostia en las manos por consagrarla, é vino un turco é dióle una cuchillada por la cabeza tan grande, que le fendió fasta en las narices; é el clérigo, cuando sintió el golpe, alzó las manos á nuestro Señor, é rogóle que le recibiese aquel sacrificio; é nuestro Señor, porque viesen sus enemigos cuán grande es el su poder, no quiso que muriese ni que le ficiese embargo la sangre fasta que la misa fuese acabada. E esto vieron los turcos que le estaban en derredor mirando, é fué uno dellos á Zuleman é contóle aquella maravilla que viera, é él vino luego, é por hacerles creer que no era nada, cortóle la cabeza. E desta guisa recibió martirio aquel hombre bueno, en servicio de Dios, haciendo su sacrificio. E un turco que estaba ahí delante, que era de grandes dias, é mucho honrado é mucho entendido, que había nombre Calahadic, cuando vió que matara Zuleman á aquel clérigo estando en tal lugar, pesóle mucho é dijole que ficiera mal, é que por aquel fecho se moverian todos los cristianos de Francia é de todas las otras tierras, é vernian sobre ellos é les destruirian cuanto toviesen. E Zuleman no lo tovo en nada, antes se comenzó de reir; mas despues vino tal sazón, que no lo quisiera haber hecho por todo el mundo. Los cristianos, cuando esto vieron, crecióles corazón é fueron ferir en los turcos, é comenzaron la batalla muy réciamente; así que, todos los campos yacían cubiertos de los unos é de los otros; mas los turcos eran muchos además, é eran los mas arqueros, que mataban é ferian á los cristianos de grandes saetadas; pero con todo eso, duró la batalla bien fasta que se quería poner el sol. Entonce dijo Zuleman á los suyos que loasen mucho á Dios, é gradesciesen á Mahoma la honra que les diera, é que folgasen aquella noche, é que otro dia fuesen á los cristianos, é que los cercasen en derredor todos é que los combatiesen; é los cristianos había ya bien dos dias é dos noches que no comieran sino muy poco, é querian morir de hambre

é de sed. Así que, bien tres mil hombres de la gente menuda salieron de la hueste de los cristianos de noche, é metióronse en un castillo viejo que era en la orilla del mar é no había mas de una entrada, é era muy fuerte á maravilla; mas los honrados é de vergüenza quedaron allí á muerte ó á vida, á aquello que Dios les quisiese dar. Otro dia en la mañana comenzaron á combatir de récio Zuleman é Corbalan con la gente que traían consigo é con otra que les llegó; é los cristianos se defendieron muy bien; é cuando vió Corbalan que así se defendían, sacó á Zuleman aparte, é díjole que los cristianos había bien dos dias que no comieran é que estaban muertos de hambre; é por ende, que ternia por bien que comiesen delante dellos, de guisa que lo ellos viesen, é que por aventura con el gran sabor que habrían de comer, que se les darian; ca de otra guisa, maguer que los venciesen, tan gran daño farian en sí mismos, que maravilla seria; é esto tovo por bien Zuleman, é asentáronse luego á comer ante ellos, é convidáronlos si querían comer pan é vino é carne, é de lo que sabor habían de comer. Mas los hombres honrados quisieron antes ser muertos ó presos; é mostrábanles la carne, el pan é lo que ellos comían; é algunos de la gente menuda se fueron á ellos á ser sus cativos. Otro dia en la mañana hobiéronlos á combatir mas de récio que nunca. Con los cristianos era el obispo de Fores, hombre bueno é de santa vida, é pesábale mucho del mal que ellos sufrían, ca á los unos veía matar é cativar, é los otros veía que se tornaban á ellos con rabia de hambre é sed, é negaban la fe de Jesucristo por la de Mahoma; é llorando muy fieramente de los ojos, díjoles así: que les amonestaba de parte de Dios, é que les rogaba como á buenos cristianos, que se esforzasen á facer bien todos, ca supiesen ciertamente todos cuantos allí fuesen muertos que irían derechamente á paraíso, é por eso no debían rescelar de hacerlo bien. Cuando los cristianos esto oyeron crecióles corazón é fueron ferir en los moros. Richarte de Caumont, que era uno de los caudillos de la hueste, vió á Corbalan que se les llegaba mucho é les facía muy gran daño; dejóse correr á él é dióle tal cuchillada sobre el capillo de fierro, fecho á la manera de Turquía, que traía, é falsógelo, é metióle un poco de la punta de la espada por la cabeza; pero no fué mal llagado, é hobiérale muerto si la espada no se le volviera en la mano; é cuando esto hobo fecho tornóse para los suyos, é fueron ende muy conhortados; é luego tomó Zuleman á Corbalan é sacóle fuera de la priesa así ferido, é mandóle catar la llaga á un cirujiano que allí había, é púsole unguentos cuales él entendió que él había menester, é catógela muy bien, é luego cabalgó Corbalan é tornóse para la pelea para vengarse, dando voces é diciendo á los suyos que el que allí no llegase é los no combatiesen muy fuerte, que le cortaría la cabeza. E entonce comenzaron á tañer trompas é añafiles é atambores, é cercáronlos é combatiéronlos en derredor muy fuertemente; é los cristianos se defendían muy bien, é mataron muchos dellos; mas ellos eran muchos, de guisa que los cristianos no los pudieron sufrir, é acogióronse encima de una cuesta, é allí murieron bien las tres partes dellos é fueron todos descabezados, é levan-

ban las cabezas al rey Corbalan por honra, é aquellos que se escaparon estuvieron toda la noche encima del otero con muy gran miedo, é sufrieron muy gran hambre é muy gran sed.

CAPITULO XLII.

Cómo hobieron su acuerdo de darse á prision.

Otro dia, de gran mañana, estando los cristianos en gran cuita y en el peligro que ya oido habedes, como aquellos que estaban á temor de perder las cabezas, el obispo de Fores, que era allí con ellos, díjoles: «Así, amigos, vos védes en lo que estamos, ca no hay ál sino muerte, é si nosotros aquí morimos será gran daño de toda la cristiandad; pero si pudiésemos estorcer de no morir aquí por prision ó por otra cualquier manera, tengo que sería bien, ca si en prision fincáremos, puede ser que saldremos della por guerras que les vengan á facer cristianos, ó por redencion, ó por algunos cativos que darán por nos, ó por alguna otra razón en que nos Dios puede facer merced. Por ende, vos rogaria é aconsejaria que nos metiésemos á mesura de Corbalan é de Zuleman; ca tales hombres son ellos, que despues que nos diéremos á su mesura no moriremos; é demás, Pedro el ermitaño sabrá contar este nuestro mal al Apostólico é á los otros cristianos porque nos vernán vengar.» Al consejo que dió el obispo de Fores se acogieron todos, é enviaron luego á Baldovin de Balvais é á Richarte de Caumont é Arpin de Beorges que trajiesen el pleito. Cuando los vió Corbalan llamó un moro muy honrado, que había nombre Amegdelis, é díjole que fuese á ellos é que les dijese que se le diesen á prision é se metiesen en su mano para facer su voluntad, é que los levaria á Persia; é si se quisiesen tornar moros, que los faria mucho honrados, é que les daria tierras é heredades é muy grandes riquezas, é les faria mucho bien.

CAPITULO XLIII.

Cómo se dieron á prision.

Amegdelis, el mensajero que Corbalan envió á los cristianos, llegó á ellos, é díjoles la mensajería con que les venia por mandado de Corbalan, segun que ya oistes; é ellos respondieron que farian lo que él tuviese por bien, en tal manera, que los asegurase que no recibiesen muerte ni lision; é asegurólos, é despues tornóse para sus moros é contógelo. Entonce dijo Zuleman á Corbalan: «Vencido habemos este pleito, si esto facemos que los cristianos demandan.» E luego mandaron apregonar por toda la hueste que cualquier moro que mal hiciese á cristiano que le cortasen la cabeza; é desi fueron á ellos é tomáronles las armas, é diéronles qué comiesen; é despues que hobieron comido atáronles las manos atrás, é partiéronlos entre sí en esta manera: enviaron al soldan de Persia setecientos cativos de hombres, mancebos é niños, é de mujeres, mancebas é niñas, las mas fermosas que ahí pudieron fallar; é á Abraham, el soldan de Domas, trecientos entre hombres é mujeres. Corbalan tomó para sí trescientos de los mejores que ahí había; los otros todos hobo Zuleman, é los moros que fueron en prenderlos, á cada uno

dellos dieron su parte segun que le convenia. Mas allí fué grande el lloro cuando los partían, como que se quitaban los maridos de las mujeres, é los padres de los hijos, é los hermanos de los hermanos, é los amigos de los amigos; así que, rogaron á Corbalan que los matase, ó que ordenase cómo fuesen en uno aquellos que se amaban é se conocían. Cuando esto oyó Corbalan trocólos unos por otros, por enviar en uno á aquellos que se amaban. Los que él llevó presos en su prision fueron estos: Baldovin de Balvais, Arnao, su hermano; Richarte de Caumont, Arpin de Beorges, Juan de Alis (1), Folquer de Melan, Rinalte de Pavía, el obispo de Fores, é el abad de Frescapon é sus monjes, el abad de Santanis. Cuando esto hobo fecho, Corbalan despidióse de Zuleman é fué para el reino de Persia, á un lugar donde era natural é señor dende, que había nombre Oliferna, é su madre lo salió á recibir, que era buena dueña é muy antigua é de gran saber; é luego que llegó allá fincó los hinojos é besóle el pié, é ofrecióle aquellos cativos que traía; é ella católos é díjole: «Guárdalos bien, ca un tiempo verná que los habrás menester.» E él mandólos meter luego en cárceles muy oscuras é que les diesen pan é agua; pero mandó que fincasen de fuera Baldovin de Balvais, é Arnao, su hermano, é Arpin de Beorges, é Richarte de Caumont, é Juan Dalis, é Folquer de Melan. Estos tovo por bien Corbalan que trajiesen cal á cuestras, é tirasen las carretas que traían piedra para la labor de los muros del alcázar, é metióles á los piés sendas sortijas de fierro, é dábales al dia algun poco de pan que comiesen, é delagua, é esta era su pasada; é con esto se tenían ellos por muy viciosos, segun las premias que á los otros facían.

CAPITULO XLIV.

Cómo Pedro el Ermitaño demandó al Emperador que acorriese á los cristianos que estaban en el Castellar.

Ya vos dijimos cómo Pedro el Ermitaño era ido al emperador constantinopolitano sobre razón de las viandas que les vendían mas caras que no solían facer; é mientras él allá estaba llególe un mensajero, que le dijo que toda su gente eran muertos é cativos, sino unos pocos, que yacían encerrados en un castillo viejo é que si no hobiesen ahí acorro, que todos serían muertos é perdidos. Cuando Pedro el Ermitaño esto oyó, pesóle muy de corazón é fizo muy gran duelo á maravilla; pero punó en conhortarse lo mas que él pudo, como aquel que era de gran ánimo é de muy gran esfuerzo; é fué al Emperador é cayóle á sus piés, é díjole que por Dios é por su bondad que acorriese aquella gente que no muriesen en manos de los moros ni fuesen sus cativos; é si ahína no hobiesen acorro, que despues no les ternia provecho; é el Emperador fizolo ahína por amor de Pedro, como aquel que lo amaba mucho; é envió luego su mandado á los moros que se partiesen de aquel castillo do aquellos pocos cristianos eran, é que no les ficiessen ningun mal; é ellos, cuando oyeron el mandado del Emperador, dejáronlos estar, é fuéronse su camino; así que, despues no les ficiéron mal ninguno; pero aquellos que habían preso, é lo que les tomaron, leváronlo todo,

(1) El mismo llamado en otras partes Juan Dalis.

é fuéronse para Niquea, é de allí se partieron todos é fueron cada uno para sus tierras. Aquí puede hombre entender cuán gran daño es creer consejo de vil gente é de hombres que no saben los fechos é no se quieren guiar por los mayores, ca por esto fué perdido todo aquel pueblo que trajera Pedro el Ermitaño, creyendo á los que no sabian de armas ni de guerra, é no á los que lo sabian é eran usados dende.

CAPITULO XLV.

Agora deja la historia de fablar desto por contar cómo fueron desbaratados los pelegrios que iban con Godeman.

Godeman andaba predicando por Alemania, así como Pedro el Ermitaño predicaba en Francia, é movió tan gran gente de Alemania, que fueron bien cuarenta mill hombres ó mas; é aquellos entraron en la tierra de Hungría, ca el Rey mandara que los rescibiesen muy bien, porque eran sus vecinos, é que les diesen vianda é lo que menester hobiesen, de buen precio. Mas los alemanes, que no conoscian este amor que les facian, fallaron la tierra muy viciosa é abastada de todo lo que habian de menester, é crecióles corazon é orgullo, é comenzaron á robar vianda é cuanto fallaban por toda la tierra, é de las mujeres facian su voluntad, é mataban los hombres, é no dejaban de facer cuanto mal podian. Cuando el rey de Hungría oyó decir que le facian esto, hobo muy gran saña é no lo pudo mas sufrir; ca creyó que sería daño é deshonor del é de su tierra, é fizo ayuntar sus hombres; así que, eran muy gran gente de pié é de caballo; é fué en pos de los alemanes por vengarse dellos, é alcanzólos á aquella villa que llaman Belgravia; é asaz vieron abiertamente por la carrera los males é los daños que habian fecho en toda su tierra, é habian gran deseo de se vengar dellos si pudiesen, é armáronse todos muy bien é apartaron sus haces. Cuando el rey de Hungría é los que con él eran vieron aquello, hobieron su consejo tal que no lidiasen con ellos; ca dijieron que aunque los venciesen, tan gran daño recibrian dellos, por donde se podría perder toda su tierra; mas que buscasen otra manera de engaño por do se pudiesen vengar. É luego enviaron sus mensajeros, hombres buenos é bien razonados, á Godeman, que era caudillo de toda la hueste de los alemanes, é asimesmo á todos los otros, como en manera de paz, é que les dijiesen así: que grandes querellas vinieran al Rey dellos, de muchos males que facian por su tierra, é que peor manera de deslealtad no pudiendo haber, ca, segun le decian, nunca en lugar del mundo posaban que no facian mal á los que los albergaban, que nunca en ellos fallaban fe ni verdad ni lealtad; ca los robaban todo cuanto habian, é ferian é matábanlos, é tomábanles las mujeres é las hijas, é facian dellas á su guisa, é robaban los mercaderes é los otros hombres que andaban por los caminos, porque el Rey tenía muy gran queja dellos; pero que no cuidaba que todos hobiesen culpa, ante creia que habia entre ellos hombres sábios é buenos, á quien desplacía del pesar é del tuerto que facian al Rey é á sus gentes; é que por eso el Rey no tenía que era justa razon echar la culpa de los unos sobre los otros, ni quería que los buenos pe-

regrios é leales padesciesen por los malos desleales; é por ende, que los aconsejaban estos que esto decian que se aveniesen con el Rey en manera que metiesen los cuerpos é las armas é todo cuanto traian á su mesura é merced, sin otro pleito que con él hobiesen; é que esto sería su provecho, ca en otra manera, bien veian ellos sino morir, lo uno porque los de Hungría eran mayor gente que ellos, é lo otro porque estaban en medio de su tierra, é que no habian do ir. E cuando Godeman é los otros hombres honrados de la hueste oyeron aquello, plúgoles mucho porque aquello les enviaba decir el Rey; ca bien fiaban en su alteza é en la su merced que les manternia verdad é lealtad; é por ende, llamaron al pueblo menudo de los cruzados, é rogáronles, é aconsejaronles que se metiesen á mesura del Rey é quel diesen las armas; é luego al principio no lo querian facer, ca decian que mas querian morir que meterse á mesura de hombres falsos é malos; pero en cabo tanto les dijieron aquellos honrados hombres que con ellos andaban, é les mostraron que era bien, que lo hobieron á facer, é metieron los cuerpos á merced del Rey é diéronle las armas é cuanto traian, é fueron engañados; ca por aquello que cuidaron ganar vida hobieron muerte; ca tan presto como los hungreses hobieron las armas en su poder, comenzáronlos á matar é á despedazar todos, sin saber cuáles hobieron culpa en los males fechos ó cuáles no. E tantos mataron dellos, que bien fasta las rodillas andaban por la sangre; así que, gran duelo é gran piedad habria todo hombre que viese yacer muerta tanta hermosa compañía por los caminos é por los campos. Muy pocos fueron dellos que pudiesen escapar é tornar á sus tierras; é despues que allá fueron, contaron á los otros peregrinos aquel mal tan grande que habian recibido, é aconsejaronles que no pasasen por Hungría. E si por aventura hobiesen á pasar por ahí, que se guardasen de los hungreses, é no creyesen cosa que les dijiesen ni les prometiesen, ca no fallarian en ellos sino falsedad é traicion. E por esta razon dejaron muchos peregrinos de pasar por Hungría, é quisieronse ante aventurar á pasar la mar que meterse á mesura de los hungreses ni fiarse en la su deslealtad.

CAPITULO XLVI.

De cómo acaesció á la otra compañía de los pelegrios que vinieron con el conde Hermicon.

A poco tiempo despues que fué este desbarato sobre dicho en el reino de Hungría, de los alemanes que el sobre dicho Godeman llevaba en este peregrinaje que decimos, ayuntáronse en Alemania gran compañía de gentes sin caudillo ninguno; pero andaban muchos altos hombres é honrados en ella, así como Tomás de Ferrer, é Arrembal, é Garsis de Berdul, é Guillen el Carpenter, é el conde de German de Claras; mas la gente menuda del pueblo, que comenzaron á entrar por las tierras extrañas, no se quisieron guiar por ellos ni los creer de cosa que les dijiesen, antes facian muchas fuerzas é muchos males por do iban; é sin todo esto, tomaron una locura muy grande en las cabezas, é era esta, que mataban todos los judíos que hallaban por do pasaban. Así que, muchos mataron en la ciudad de Colo-

na, é otrosí en la ciudad de Maenza, é por toda la otra tierra por do fueron. En Alemania habia entonce un conde que habia nombre Hermicon, é era mucho honrado hombre, é aquel, despues que vió la gente de los peregrinos que iban á Ultramar, metióse en camino con ellos; mas no porque él castigase la gente loca del mal que facian, antes gelo loaba é los inducia á ello lo mas que podía; é por ende lo amaba el pueblo menudo é teníanlo por señor. Así se movió esta gran gente de peregrinos, como ya oistes, é pasaron por Alemania é por Franconia é despues por Laidera, é enderezaron su camino para Hungría; ca bien cuidaron sin dubda que podrían por ahí pasar sin embargo, é llegaron á una villa que decian Mansebrot. Mas desde fueron á la entrada del reino entendieron que no podrían pasar, ca allí habia una fortaleza cercada de la una parte del rio que llaman Donoa, é de la otra parte de muy grandes carrizales, que eran fondos é muy peligrosos de pasar. Aquella fortaleza habia nombre Linteras, é de dentro yacia una muy gran compañía de gente muy bien armada; así que, ninguno no podría por allí pasar por fuerza, ca el rey de Hungría la mandara allí bastecer cuando oyó decir que aquella gente de peregrinos, que eran docientos mil hombres de pié é bien tres mil de caballo, habian de pasar por allí; ca se recelaba dellos que si en aquella cibdad entrasen, que se alzarían con ella, é que punarian en vengar á los otros peregrinos que iban con Godeman, que mataran en su tierra á traicion, ca tan poco habia que era hecho, que aun no les sería olvidado. E cuando los peregrinos llegaron á aquel castillo vieron que no podrían pasar en ninguna manera á pesar de los de la fortaleza, é rogáronles que les dejasen ganar su gracia que pasasen por su tierra en paz; é los de la fortaleza otorgáronlo. E ellos asentaron aquella noche en derredor de la fortaleza, en los lugares por do pudieron albergar. Mas aquellos mensajeros que fueron al Rey tornáronse ahína, ca no pudieron recaudar aquel mensaje por que iban, ca les dijo que en ninguna manera no los dejaria pasar por su tierra. Cuando los de la hueste oyeron esto, hobieron tan gran pesar, que fué maravilla, ca tenían que el rey de Hungría no habia por vedar el paso á ellos, que nunca le ficieran pesar por el mal que los otros le habian hecho. E demás, que se les facia muy grave haber trabajado en tan luengo tiempo é despendido lo que traian, é haberse á tornar á sus tierras á buscar otro lugar por do pasasen; ca les parecia que todo aquel camino habian perdido. E por eso les creció tan gran saña, que acordaron entre sí que quemasen é destruyesen todo cuanto era del reino de Hungría, de la parte donde ellos estaban; é comenzáronlo así de facer, é cuantos hombres fallaban prendíanlos, é quemaban toda la tierra. E en tanto que lo ellos facian, ayuntáronse de aquellas fortalezas que eran ahí en derredor bien fasta setecientos hombres, entre de caballo é de pié, é pasaron el rio de Donoa, é viniéronse á parar á un paso por do habian de venir los pelegrios, por contrastárgelo; mas no lo pudieron facer, ante gelo tomaron los peregrinos por fuerza, é matáronlos todos, sino unos pocos, que se escondieron por los carrizales é por los barrancos. Cuando los pelegrios de la hueste ho-

bieron vencido á los hungreses crecióles los corazones, é comenzaron á fablar entre sí que se entrasen por la tierra de Hungría é la tomasen por fuerza, é así pasaron por ella á pesar del Rey. E entonce comenzaron ayuntarse, é rogábanse unos á otros que fuesen buenos é que los combatiesen muy de récio; é ficiéronlo así; ca luego comenzaron á facer escalas é puentes é ingenios de muchas maneras para entrar aquella villa por fuerza. Desí armáronse todos lo mejor que pudieron, é fueron al muro é comenzáronlo á combatir muy de récio, é los unos ponian las escalas, é los otros sobian por ellas, é los otros cavaban las torres, é la otra gente menuda cavaban los muros en derredor de la villa; así que, tan fuertemente los combatian, que ninguno de los de dentro no osaba parecer; ante se tenían así por muertos é desesperados, que facian señal de defensa ninguna, sino muy flacamente, é los de fuera cavaban los muros en derredor de la villa sin embargo. Allí do los de aquella villa de Mansebrot, de que vos ya dijimos, estaban en tan gran fatiga como habédes oido con los de la hueste de los pelegrios que los estaban combatiendo, ellos estando en aquel peligro, é los de fuera, que los querian entrar por fuerza é matarlos á todos, quiso Dios así, que cayó un miedo tan grande é un tan fiero espanto en los corazones de aquellos que combatian la villa, sin hacer cosa por que lo hobiesen haber, que los unos caian de las escalas por do sobian al muro, é los otros comenzaron á huir, no sabiendo de qué fuera el miedo y el espanto que cogieran, é fué tan maño, que cuidaron todos ser muertos. Los de dentro, cuando vieron que así se iban los de la hueste fuyendo, toviéronlo por muy gran maravilla, é miraron si lo facian porque venia á ellos algún acorro, é no vieron ningunos venir, é creyeron que esto que venia de Dios, é cobraron tan gran esfuerzo, que salieron á ellos é mataron cuantos pudieron fallar; é así, fueron ellos una muy gran pieza; é aquellos que fuan decian á los otros que fallaban, que fuyesen, ca todos eran muertos. E á aquel ruido salieron los de las villas que eran en derredor, é mataron tantos dellos, que fué maravilla; é los hombres buenos é honrados que ende escaparon tornáronse para sus tierras. E el conde Hermicon de Alemania, de que vos ya dijimos, tornóse para su tierra con una parte de aquella gente; á los otros honrados hombres, que eran de Francia, no quisieron ir á las suyas, é fuéronse para Lombardía é pasaron la mar en Pulla, al puerto que llaman Durras; ca allí supieron en verdad que otros hombres honrados que iban á Ultramar entraran allí é arribaran en Grecia, é ellos querian facer eso mesmo. Desta guisa que vos dijimos fué desbaratada aquella compañía de los pelegrios que iban á Ultramar; é todo hombre debe entender que esto acaesció porque iban en servicio de Dios no seyendo sus amigos; como dijo el profeta é rey David, que no entraria en la casa de Dios sino aquel que fuese sin mancilla é ficiese justicia; ca aquellos que eran de malas costumbres é de mala vida, además iban faciendo por aquel camino muchas soberbias é muchas fuerzas que eran contra justicia; é por eso fueron vencidos, como ya oistes.